

Reseñas

La memoria de la esperanza

BASILIO CASANOVA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

La memoria de la esperanza

Fernando Ojea
LC Ediciones, 2019

La muerte del hijo

¿Cómo dar cuenta de la muerte de un hijo? La inesperada ausencia de éste abre un abismo de sentido y, a la vez, una interrogación por el origen. De esto último se ha ocupado desde su comienzo la filosofía.

En su libro *La memoria de la esperanza*, Fernando Ojea pone en cuestión la milenaria noción de Ser, reivindicando el Nacer como origen mismo del sentido.

El propio nacimiento abre “el imprevisible comienzo de lo imprevisible” y constituye una apelación a aprender la tarea irremplazable de la vida. La del autor es una clara apuesta por continuar naciendo.

Un padre que ha visto morir a su hijo es un padre en duelo por él mismo; es decir, por su propia muerte como padre. La

memoria del hijo quedaría así en manos de ese sobreviviente que ha de llevar consigo la esperanza del ausente.

Una salida fecunda para el duelo sería aquella en la que la memoria (del) hijo muerto alcanza al corazón del padre, quien debe incorporar aquella como inédita aventura de su propia esperanza.

En *Yerma*, de García Lorca, ve el autor la esencia del amor como desbordamiento, alteridad, trascendencia hacia un horizonte más amplio. El hijo sería lo que “ha de venir”, dando lugar así al milagroso estallido de lo inédito, lo imprevisible.

La capacidad de la madre sería la de quien da –la fuerza, el aliento, el consentimiento–; la del padre la de quien promueve la vida del hijo.

A pesar de lo difuminada que puede estar la huella dejada por



un padre en ocasiones ausente, la memoria del progenitor puede resurgir como definitivo reconocimiento tardío de esa quizá desdibujada figura.

La función de la madre sería la del consentimiento de la existencia del hijo, su silencioso asentir la existencia del nacido.

La memoria de la esperanza tanto del padre como de la madre es un camino de ida y vuelta. De ida en tanto inmersión en la profundidad última de la existencia del hijo. Y de vuelta hacia el presente, hacia la esperanza compartida del nacer.

Ojea entiende la memoria no como un puro dirigirse al pasado para permanecer fijado en él, sino como una forma de liberar la esperanza de que ese pasado está preñado como trascendencia posible del nacer.

Cuestión de método

La fenomenología y la hermenéutica son los dos principales compañeros metodológicos del autor de *La memoria de la esperanza*. También lo es, en ocasiones, Sigmund Freud.

La fenomenología alcanzaría en el acontecimiento de la muerte del hijo un territorio excepcional. Ciencia del a priori, según el autor, para ella el nacer hace originalmente posible, susceptible de manifestarse lo que fuere.

La muerte del hijo confronta a la hermenéutica con una súbita inversión de su rumbo, que no es otro que el del sentido.

¿Cómo trascender lo que habría estado destinado a trascendernos? La muerte del hijo supone una fractura entre el antes y el después, entre pasado y el porvenir; una inversión del curso natural de las cosas.

Sin embargo, afirma Ojea, permanece el nacer como escenario inalterable del sentido.

El autor explora en detalle la pérdida del hijo recién nacido, del que se ha quitado a sí mismo la vida, del desaparecido y del hijo muerto bajo el peso del mundo. Más allá de cada caso específico, sería tarea de los sobrevivientes custodiar y recrear en la memoria la esperanza del ausente.

Una nueva ontología

Ojea propone sustituir el concepto metafísico del “ser” por el “nacer”, poniendo las primeras piedras de una nueva ontología.

Uno de los pilares de la “ontología del nacer” lo constituye la existencia del arte. Para el autor la belleza de una obra artística es la de la revelación del propio nacer en y desde el mundo. La obras de arte perduran en el tiempo por ser únicas y modélicas.

Únicas porque nos devuelven el carácter esencial de nuestro ser nacidos –de nuestro ser-comienzo–, y modélicas porque implican el extravío de uno de los modelos privilegiados de manifestarse la esperanza y de sus posibilidades de fecundidad.

El arte puede revelar tanto la impotencia más desesperada como la más libre apertura de la esperanza, las dos maneras que tiene de manifestarse el abismo de lo imprevisible.

El nacer alcanzaría en el arte una ejemplar manifestación. Varios poemas de Jorge Luis Borges sirven al autor para “demostrar” cómo el nacer habita en el nacido que somos; un nacer que le atraviesa y trasciende, y que hace del arte una revelación del nacimiento.

La metafísica, concluye Fernando Ojea, busca superar abstractamente la muerte, olvidando la incomparable finitud del nacer, de lo imprevisible. Misterio del nacer y del morir convertido en memoria misma de la esperanza.

Tras abordar el perdón y la confianza, el autor pone fin a su libro hablando de la piedad como memoria de la esperanza.

La madre que esculpió Miguel Ángel sostiene con uno de sus brazos el cuerpo



del hijo muerto, mientras la mano abierta del otro señala el camino, dice, de una siempre inacabada esperanza.

Queda solo preguntarse si el ser es –*Soy el que Soy*, fue la repuesta que dio el Señor a Moisés– más allá de esa secuencia de nacimientos y de muertes.

San Sebastián ciudad en paz, capital de la cultura

VICTORIA SÁNCHEZ MARTÍNEZ

TRAMA Y FONDO

Zinemaldia, 67ª edición

San Sebastián fue durante décadas una ciudad crispada por la violencia que se vivía en el País Vasco. Los asesinatos de ETA eran trágicos y constantes, y en las

calles donostiarras en Verano sufríamos altercados y duras cargas policiales en la llamada “guerra de las banderas”.

Esta violencia es para los ciudadanos difícil de olvidar. El ayuntamiento de la

ciudad ha rendido homenaje a las víctimas mortales donostiarras de ETA, GAL y actuaciones violentas policiales con la colocación de 128 placas conmemorativas¹.

Hoy en la ciudad ansiamos tener “la fiesta en paz”.

Ahora la bonita ciudad de San Sebastián es en Verano y principios de Otoño una importante capital europea de la cultura. Y un lugar muy visitado por los turistas. ¿Es la cultura signo de paz?

Creo que sí. Para Freud:

“... se trata de un proceso puesto al servicio del Eros, destinado a condensar en una unidad vasta, en la Humanidad, a los individuos aislados, luego a las familias, las tribus, los pueblos y las naciones.”²

En nuestros festivales de la cultura admiramos el arte de otros lugares, abandonamos el miedo y odio a lo extraño, y dejamos de mirarnos nuestro propio ombligo, abandonando lo que Freud llamó el “narcisismo de las pequeñas diferencias”³.

Me fascinó este verano en el Jazzaldia la cantante Martirio quien, ataviada con sus gafas de sol y su peineta negra tan española, simpática parodia de la flamenca, presentaba junto a Chano Domínguez su nuevo disco homenaje a Bola de Nieve, fusión de copla y bolero, con hermosos arreglos jazzísticos del pianista.

La ciudad de San Sebastián vuelve a encantar por su belleza y elegancia a aquellos que nos visitan. Y de ello habla el próximo film de Woody Allen.

En San Sebastián, el día de más calor de este Verano, se escuchó en La Concha el “!Grabando!” de esta película. La ciudad será el escenario de una historia de amor que, protagonizada por turistas de los EEUU, transcurre durante el Zinemaldia.



A finales de Septiembre, fiel siempre a su cita anual, cerrando el Verano y abriendo el Otoño, se celebra el Festival de Cine. Los carteles junto al hotel de las estrellas, el María Cristina, anuncian su llegada.

El festival galardonó este año con el premio Donostia a la actriz Penélope Cruz, única española premiada con un Óscar hasta la fecha.



También se premió a Costa Gavras y David Sutherland.

1 “El Consistorio tiene intención de instalar placas en recuerdo de las personas asesinadas en San Sebastián por el terrorismo de diferentes autorías (ETA, Batallón Vasco Español, GAL), así como de las personas víctimas de violencia policial desde 1960 hasta 2010, tras un proceso individual con sus familiares y respetando su voluntad.” <https://www.larazon.es/amp/espana/san-sebastian-coloca-las-primeras-cuatro-placas-en-memoria-de-victimas-del-terrorismo-FB22547233> (Noticia del 23/03/2019 consultada el 16/06/2019).

2 FREUD, Sigmund: *El Malestar en la Cultura y otros ensayos. Obras completas Freud. Tomo VIII (Obras Completas – Sigmund Freud)* Edición Kindle, Posición 5923.

3 *Ibidem*: Posición 5812



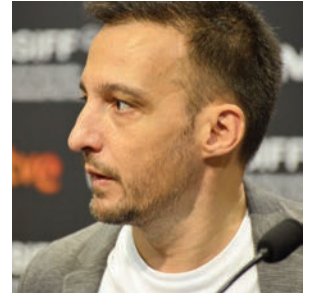
Penélope Cruz con emoción, sencillez e inteligencia nos habló, respondiendo a la pregunta de cómo el cine le había permitido conocerse a sí misma, de la experiencia de introspección de la actriz y el actor, su vocación por el oficio en el que encarna a distintos personajes. Un lugar el de la actriz, nos dijo, “donde el ego no opina”. Porque creo que, efectivamente, los actores tienen una capacidad especial para la empatía, para identificarse con el otro, captar e imitar sus gestos, su palabra, su acento, y expresarnos su alma. Nos habló también del esfuerzo, el trabajo sobre el propio cuerpo que adquirió con la disciplina de la danza, y que requiere el arte, la belleza, la cual trabaja como sublimación del erotismo que contiene y se opone a las pulsiones del thanatos. O quizá, encauza la pulsión en la mejor dirección posible.

Vimos en el Festival de San Sebastián películas rodadas en distintos idiomas y que transcurrían en distintos lugares: Francia, Alemania, Irlanda, Brasil, Cuba, Japón, Grecia... Y observamos no obstante que todas tratan la violencia.

Habita en cada uno de nosotros, como nos recuerdan nuestras guerras, y la cultura busca su dominio para la convivencia en sociedad.

Dos películas españolas trataban sobre la Guerra Civil, el gran drama histórico vivido por España en el siglo XX. Terminó hace más de 80 años, pero aún queda en la memoria de los vivos.

Cuando una película lleva a cabo la representación de una figura mitificada como es Unamuno es difícil que la pintura del carácter esté a la altura de las expectativas del espectador. Karra Elejalde en *Mientras Dure la Guerra* encarna dignamente al filósofo vasco.



La película de Amenábar es interesante. Narra los últimos meses del profesor en Salamanca a partir del comienzo de la Guerra Civil. Con un gusto por marcados encuadres en contrapicado y una puesta en escena poética, resalta el carácter ficcional, la subjetividad del texto. En cualquier caso Unamuno queda bien representado como una eminente figura cultural que encarna los valores sociales e interpone el muro de sus consistentes palabras a la violencia de la guerra.

La Trinchera Infinita de Aitor Arregi, Jon Garaño y José Mari Goenaga, ganadora de los premios a la mejor dirección, mejor guión y mejor película vasca, es una vivencia más física de la violencia que el film de Alejandro Amenábar.



Esta película de carácter naturalista adopta a la vez un radical punto de vista subjetivo expresionista queriendo estre-mecernos con la vivencia del miedo del personaje. Aquí la violencia se experimenta a lo largo del film. La amenaza y el miedo a lo externo que es la guerra, a la represión de los enemigos, cierra las puertas de una casa que siempre permanecía abierta, y los traidores vecinos que sospechan alertan a las autoridades militares.

A destacar positivamente que si la película de Amenábar es un canto a la amistad esta lo es al amor de pareja. Antonio de la Torre y Belén Cuesta interpretan a los protagonistas.



En el Festival de Cine se presentó a los medios la serie *Patria* adaptación de la célebre novela de Fernando Aramburu. Y ésta nos rememora otros zulos, otras agresiones, otros crímenes, otras muertes, otro miedo más cercano en el tiempo que algunos quieren relegar al olvido.

Todas las películas visionadas en el certamen afrontan como decimos el tema de la violencia o de la muerte de una u otra manera: la guerra, violencia cotidiana y familiar, el suicidio, la enfermedad terminal, la delincuencia y los abusos sexuales que destrozan y corrompen el deseo del individuo y, con ello, queda a merced de su propia violencia, de sus pulsiones, como ocurre con el film *Patrick*.



Patrick, dirigida por Gonçalo Waddington, y *Rocks* son dos películas de la sección oficial y, a la vez, el nombre no real y el apodo de sus protagonistas. Hablan ambas del abandono en la infancia y la adolescencia. La primera, protagonizada con una intensa mirada por el actor Hugo Fernandes, es desoladora; la segunda, por el contrario esperanzadora y luminosa, su protagonista supera el abandono de su madre gracias a la amistad. Su directora y su guionista, Sarah Gavron y Theresa Ikoko,



estuvieron en la rueda de prensa para hablarnos del film.

Y otra bella película que nos muestra un personaje positivo, afrontando la proximidad de su propia muerte debido a una enfermedad terminal con la vivencia de un nuevo y último amor, fue *Una Ventana al Mar* de Miguel Ángel Jiménez. La protagonista interpretada por Emma Suarez fallece en una casa en Grecia en la cual la ventana y la puerta permanecen siempre abiertas al mar.

Significativamente la mejor amiga de *Rocks*, uno de los personajes que teje la red social de amistad que ampara a la protagonista, viste siempre con el pañuelo musulmán en la cabeza, símbolo de su religión.

Varias películas hablaron de religiones. Representan los principios morales con los que procuramos contener, a través de la conciencia, nuestra violencia. Y con los ritos afrontamos el dolor por la muerte de los seres queridos. La japonesa *Yoake No Takibi* dirigida por Koichi Doi narra el proceso ritual de transmisión de padre a hijo, desde hace 650 años, del texto del teatro Kyogen, semejante a la cadena de filiación paterna que es el Nombre, transmitido generación tras generación como legado simbólico. La canadiense *The Song of Names*, dirigida por François Girard, nos dice del Nombre de Dios: "Bendito sea su nombre por toda la eternidad". La escritura del nombre de las víctimas de Treblinka en *The Song of Names*, en un libro que se recita en forma de salmodia por sus descendientes ("dieron ritmo a los nombres para recordarlos más fácilmente"), guarda consonancia con el homenaje del consisto-

rio donostiarra a las víctimas de la violencia en el País Vasco. También se recuerda a las víctimas de ETA a través de su nombre, con la colocación de placas conmemorativas en las calles de San Sebastián.

En *Pacified*, ganadora de la Concha de Oro y dirigida por Paxton Winters, la abuela, soporte afectivo fundamental para la chica protagonista Tati, conserva los antiguos rituales de la santería de los antiguos esclavos negros sudamericanos y caribeños, sincretismo entre el cristianismo y el animismo africano.

Las religiones, sin embargo, no son ya para muchos el referente moral de nuestra sociedad contemporánea. Hemos perdido la creencia mítica en el más allá, y hoy en día son las ideologías, algunas de carácter visionario, las que definen el bien y el mal. Tal vez con ello debilitemos o despojemos de excesivo rigor al sentimiento de culpa, y esto es percibido en los diferentes textos cinematográficos que se presentan en este Festival.

La directora polaca Malgorzata Szumowska con *The Other Lamb* nos advierte sobre las pseudo-religiones en una historia sobre una secta dirigida por un criminal pseudo-mesías. La protagonista del film es interpretada estremecedoramente por Raffey Cassidy.

Los textos artísticos actúan en ocasiones como bálsamo para nuestro sufrimiento moral y elevan nuestro espíritu



mediante ese algo tan inefable que es la belleza. Dos películas de la sección oficial nos narraban historias de virtuosos violinistas y nos ofrecían, hilvanando dramáticamente y sentimentalmente el film, hermosas melodías en la banda sonora. Fueron *La Audición* y *The Song of Names*.

Las artes visuales, la pintura por ejemplo, trabajan sobre colores.

Amador en *O Que Arde*, de Oliver Laxe, premiada en Cannes con el premio del jurado y proyectada en la sección Perlak, es un incendiario, e intensas llamas fueron fotografiadas en la película. Fuego también en la película interpretada por David Sutherland *The Burnt Orange Heresy*, dirigida por Giuseppe Capotondi, con los colores naranja y azul, caliente y frío, como dominantes en sendos cuadros:

el color naranja, el del fuego, la pulsión destructora, frente al azul, el del agua que la aplaca, a la vez color del frío y de la muerte.

El fundamento en la transmisión cultural es la familia. La relación con

los que nos educan, y cuyo muerte y su duelo nos tocará vivir, fue otro de los temas del Festival.

Se habló de la muerte de los padres y hermanos en *Yoake No Takibi* y *The Song of Names*; y de la madre en *Blackbird*, un intenso drama familiar, con escenas a la vez de extraña comedia, donde lo que nos enfrenta a la muerte es la enfermedad terminal de la madre y su suicidio asistida

por el padre. El personaje femenino, interpretado por Susan Sarandon, brilla con personalidad magnética. Fuera de concurso *La Verité* de Koreeda es un magnífico film que nos habla también de la relación madre e hija, con las también extraordinarias actrices Catherine Deneuve y Juliette Binoche, entre las que se interpone también la violencia, la tristeza y culpabilidad por la muerte por suicidio de una misteriosa actriz amiga de la madre.

En *La Audición* la cultura fracasa en su tarea fundamental de contener la violencia. Las escenas de este film sobre la autoridad de la madre y la exigencia hacia su alumno y su hijo, el rigor del aprendizaje tanto técnico como sentimental para producir la belleza de la música, advierten sobre lo coercitivo de la cultura. Su protagonista, profesora de violín, busca con mucha exigencia esta perfección estética. La actriz Nina Hoss con una interpretación contenida o introspectiva ganó la Concha de Plata, ex aequo con Greta Fernández.

En los relatos con frecuencia buscamos la catarsis de la violencia pero también la representamos. En este sentido el film *Pacified*, de Paxton Winters, premiada con la Concha de Oro nos la muestra cotidiana, por ejemplo con la tenencia de armas de las bandas de las Favelas en Brasil. El protagonista, Jaca, interpretado por el actor Bukassa Kabengele premiado con la Concha de Plata, es alguien que establece, aun dentro del ambiente delictivo, unos límites de humanidad. Se hace cargo como padre no biológico de la chica protagonista, Tati, quien vive una dura realidad cotidiana en su más tierna adolescencia.



Entre tanto drama hubo lugar también para lo cómico (sin dejar de estar representada la violencia en la parodia) con el divertido film *Thalaso*. Dirigida por Guillaume Nicloux, el escritor Michel Houellebecq y el actor Gérard Depardieu se interpretan a ellos mismos sufriendo de forma cómica los tratamientos de talasoterapia en un hotel terapéutico donde ambos intentan mejorar su salud.

El objetivo de la cultura es la vida en comunidad que según Freud supone la

limitación de la violencia⁴ cuya experiencia es común a los seres humanos.

El Festival de Cine de San Sebastián celebra así cada año un evento cultural multitudinario que nos reúne en el visionado de películas cinematográficas y que no dejó, al menos este año, de tener algo de ritual, o de catarsis colectiva de la violencia.

⁴ “Comencemos por aceptar que el elemento cultural estuvo implícito ya en la primera tentativa de regular esas relaciones sociales pues si tal intento hubiera sido omitido, dichas relaciones habrían quedado al arbitrio del individuo; es decir, el más fuerte las habría fijado a conveniencia de sus intereses y de sus tendencias instintivas.”

Ibídem: Posición 5546